

“La guerra terminará y, cuando termine, será llegada la hora de ajustar a todos las cuentas”, ha dicho el camarada Peris

La iniciativa de Francia e Inglaterra Para nuestros abonados España ante el mundo

La resolución adoptada por el Consejo de la Sociedad de las Naciones ha dado realce en su apartado 3.º a la iniciativa de Inglaterra y Francia encaminada a evitar el peligro que el actual estado de cosas en España hace correr a la paz y a la buena inteligencia entre las naciones.

No ponemos en tela de juicio la buena intención de los Gabinetes de Londres y París. No admitimos tampoco que nadie pretenda que nosotros sacrifiquemos nuestra soberanía de pueblo libre y las posibilidades de libertad, justicia y bienestar de las masas trabajadoras de España a las conveniencias exclusivas de este o del otro país. El Foreign Office y el Quai d'Orsay encuadran su humanitarismo dentro de las conveniencias e intereses de sus propios países. No hay razón para que nosotros hagamos lo mismo. Nuestro firme deseo de que reine la paz en Europa no saltará fuera del marco de los derechos nacionales y de las conveniencias supremas de nuestro pueblo trabajador. Quede esto bien sentado.

La proposición de dirimir por medio de un plebiscito la contienda actual tiene un vicio de origen, aparte de ser prácticamente irrealizable. El vicio de origen salta a la vista: pone en el mismo pie a un Gobierno legítimo, surgido precisamente de un plebiscito, expresión indiscutible de la voluntad nacional, y al grupo de generales que se ha rebelado contra ese plebiscito, con la ayuda e inspiración de Gobiernos extranjeros y valiéndose de las fuerzas armadas que aquel Gobierno legítimo había confiado a su lealtad. Semejante monstruosidad jurídica supondría por sí sola una concesión a las doctrinas fascistas de violencia y agresión que tendría funestas consecuencias. A los antecedentes de Etiopía, la zona desmilitarizada del Rin, la navegación de los ríos de Alemania, etc., vendría a agregarse este

otro que dejaría la puerta franca a todas las rebeldías interiores y a cualquier agresión exterior combinada con minorías descontentas, como las hay en todos los países.

La aceptación del plebiscito que proponen Inglaterra y Francia sería un paso más en el continuo repliegue que las democracias vienen realizando, por cobardía, por prudencia equivocada o por egoísmo suicida—ante la ofensiva internacional de los imperialismos fascistas.

El Gobierno legítimo de España, al que esa proposición de plebiscito equipara con los militares rebeldes, no puede seguir a los bienintencionados mediadores por un camino contrario a los derechos soberanos del pueblo que le confirió libremente su mandato, y contrario también a los intereses de la paz y de la democracia universales. Puede hacer—lo ha hecho en la reunión del Consejo de la Sociedad de las Naciones—borrón y cuenta nueva con todos los agravios y todos los perjuicios que se le han inferido a pretexto de un pacto de no injerencia que sólo ha funcionado en perjuicio suyo. No puede—no debe—renunciar a ninguna de las prerrogativas que le concede su legitimidad. Tampoco puede—ni debe seguir a los oficiosos mediadores por un camino plagado de asechanzas a la buena fe de los países que hacen honor a su palabra y a su firma. Los salteadores de la buena fe internacional seguirían en sus agresiones al pueblo trabajador de España, emboscados en el desprecio que les inspiran los compromisos contraídos, por muy sagrados que estos parezcan a los demás.

Pero supongamos aceptada la propuesta del plebiscito. ¿Cómo y cuándo iba a celebrarse? ¿Sentaría Franco su cuartel general en Navalcarnero y quedarían las tapias de la Casa de Campo como línea divisoria entre moros y españoles? Coexistirían el Gobierno legítimo de Valencia y la Junta facciosa de

Hace unos meses venimos observando que muchos de nuestros suscriptores no hacen efectivos sus recibos cuando nuestro cobrador los presenta, causa que ignoramos a que puede obedecer; pero por si alguno llevara intención distinta a la nuestra le advertimos que haga efectivos sus atrasos, en evitación de que cuando las circunstancias nos lo permitan digamos a algunos todo lo que hasta ahora estamos tomando nota.

Burgos? ¿Cabe siquiera la posibilidad de que los trabajadores fugitivos de Andalucía, Extremadura, Castilla, Aragón y Galicia se reintegrasen a sus hogares en Constantina, Mérida, Badajoz, La Coruña y Calahorra, donde fueron exterminados por docenas de millares todos los trabajadores y hombres liberales que no pudieron huir? Deliberadamente omitimos toda apelación a los sentimientos de justicia, dignidad y legítima exigencia de venganza. ¿Hay un sólo español que crea posible a estas alturas un nuevo abrazo de Vergara? No lo hay, y es preciso vivir de espaldas a la realidad sangrante para proponer lo que Foreign Office y el Quai d'Orsay pretenden hacernos aceptar como sacrificio indispensable para la paz europea.

No se invoquen los precedentes del Sarro y de Dantzig. El pueblo español no ha perdido la guerra, a pesar de que los oficiosos mediadores de ahora han hecho todo lo posible porque esto ocurriese. No solamente no la ha perdido, sino que tiene la seguridad de ganarla.

Ni reconocimientos de «statu quo», ni intervenciones—más o menos amistosas y más o menos imparciales—de Gobiernos extranjeros. Funcionamiento de nuestro mecanismo constitucional, previo desarme de los rebeldes y previa restauración de las autoridades legítimas. Ni un milímetro más. ¡Y ya es bastante!

Leed y propagad
Renovación

Para nadie es un secreto la guerra civil española, por la forma como fué preparada, tenía fatalmente fatalmente que derivar en una contienda internacional. Mucho antes de comenzar la lucha los generales se habían puesto ya de acuerdo con sus valedores Hitler y Mussolini. A los pocos días de iniciada la sublevación nos hallamos no sólo frente a los generales españoles, sino frente al fascismo italoalemán.

Desde un principio explicamos al mundo el sentido de nuestra lucha. Muchos se hicieron los sordos y los ciegos, creyendo que podían escurrir el bullo sin más complicaciones. Dos países que suponíamos identificados absolutamente con nuestra causa, ya que a ellos les afectaba también la cuestión, nos abandonaron a nuestra propia suerte sin pensar que tarde o temprano iban a correr el riesgo de verse acometidos por las fuerzas que trabajan para la guerra.

Sólo hubo un país que dió en el clavo de la cuestión, avisando a tiempo el peligro que se cernía sobre el mundo si se dejaba a España en manos del fascismo internacional. Ese país fué Rusia y gracias a sus consejos y a su enérgica actitud ha se esclarecido algo la situación.

Caja de Recluta de Jaén

Ministro Guerra desde Valencia a Jefe Caja de Recluta en telegrama de ayer dice lo siguiente:

«Queda en suspenso hasta nueva orden concentración reclutas primera mitad contingente reemplazo 1936, dispuesta por orden circular 4 actual, «Diario Oficial» 255.

Lo que se publica para conocimiento de los Ayuntamientos pertenecientes a esta Caja de Recluta y de los interesados para que no efectúen su incorporación el día 16 del actual, como se tenía dispuesto.

Jaén, 14 de Diciembre de 1936.—
El teniente coronel jefe, Salvador Revuelta.

Natalicio

Dió a luz días pasados con toda felicidad un hermoso y robusto niño, la esposa del industrial de esta plaza, José Jiménez Jerez, nuestro particular amigo.

Tanto la madre como el recién nacido gozan de perfecto estado de salud.

Nuestro enhorabuena.

Muerte sentida

Ha fallecido en esta capital, a la edad de 38 años, el funcionario de la Arrendataría de Contribuciones, camarada Ramón Martos Rodríguez.

El acto de la conducción del cadáver desde la casa mortuoria al Cementerio, constituyó una imponente manifestación de duelo, dadas las simpatías con que contaba el finado.

A su desconsolada esposa y demás familia, enviamos nuestro más sincero pesar por pérdida tan irreparable, y muy especialmente a su padre el oficial de la Imprenta Provincial, José Martos, como igualmente a su hermano Juan, querido compañero nuestro.

JOSE JIMENEZ JEREZ - JAEN

IIII

EL SASTRE DE LAS 4 JOTAS

Piazza de San Francisco, 7 — Jaén

La nueva economía exige el sacrificio de todos

por R. BRUALLA

Todas las revoluciones de un contenido puramente social, traen como consecuencia un trastorno en la economía de aquel país en que la revolución se está produciendo. Pero ese trastorno, ese colapso en la economía, no es hijo de la Revolución, sino del viejo sistema que la Revolución está derrumbando.

En cuatro meses no se puede organizar una economía nueva ni cambiar la mentalidad de los trabajadores.

La burguesía española y sus políticos con un espíritu netamente reaccionario, viendo que sus privilegios estaban en peligro, motivado—según ellos—por las conquistas morales y materiales obtenidas por los trabajadores, no se le ocurrió otro remedio que el de comprar a unos cuantos generalotes para que asesinaran a los trabajadores de avanzada social. Si ellos hubiesen triunfado, como pretendían, para levantar su economía habrían apelado a las largas jornadas de trabajo forzado, obligando a producir un «doscientos por cien» más de lo que se producía, y pagando jornales de hambre. Pero al no salirte las cosas tal como la burguesía pretendía, los ha legado a nosotros su herencia, y hemos de ser nosotros quienes debemos darle solución. ¿Cómo?

Empezando por hablar claro y contundente a los trabajadores, predicando todos con el ejemplo, tener menos pretensiones de estar en las alturas y más en el estado llano.

Tengamos en cuenta la psicología de los trabajadores enrolados en la Confederación antes del 19 de Julio, acordémonos de la propaganda que en mítines y asambleas se hacía, cuya propaganda consistía en decirles—salvo raras excepciones—que la solución de nuestros problemas estaba en trabajar menos horas, y ganar más jornal. Esta táctica dió excelentes resultados como arma destructiva de la economía capitalista, pero una vez la burguesía

eliminada como tal, esa táctica hay que borrarla de la mente de los trabajadores, por suicida.

Hay que educarlos con vistas a la nueva economía, procurando por todos los medios posibles cambiar su mentalidad destructiva e indiferente, y matar todo ese egoísmo individual, que a todos nos corroe por igual.

Si esto antes no se ha hecho porque las circunstancias no lo permitían, que se haga ahora con toda la rapidez y energía.

Hay que empezar por hacer comprender a los trabajadores, que si la burguesía podía llevar una vida de lujo y de opulencia, era porque ella estaba en minoría y los trabajadores en mayoría y que con el hambre y privaciones que pasaba la mayoría, le era posible a esa minoría disfrutar de toda la opulencia de que disfrutaba, pero si queremos disfrutar todos del bienestar necesario, hay que hacer un cambio radical en la organización del trabajo; hay que hacerles comprender a los trabajadores que las tácticas empleadas en los trabajos antes y después del 19 de Julio, tienen que ser modificadas intensificando la jornada y trabajando con fe y entusiasmo.

Pero para pedir sacrificios a los trabajadores y para despertar el entusiasmo y la fe de éstos en el trabajo, es preciso que el ejemplo venga de arriba, y que todos seamos sacrificados por igual.

Hay que empezar por suprimir a los «nuevos ricos» de los Comités de Empresa y Control, no solamente porque sea un semillero de vagos, sino porque en su mayoría están compuestos por individuos sin ninguna noción revolucionaria, y que por lo tanto, no hacen más que poner trabas a la buena marcha de la Revolución; pero teniendo en cuenta que los nuevos ricos, no solamente están en los Comités de Control, sino que también están en otros Comités y Comi-

¡Trabajadores! leed todos Renovación defensor de vuestros intereses de clase

siones que deberían suprimirse o expurgarse.

Pero al mismo tiempo que se suprime a los «nuevos ricos» habría que suprimir también a los ricos viejos. Todos esos millones de pesetas que aun existen en las cuentas corrientes de los Bancos, a nombre de personalidades fascistas y de otras que no lo son de derecho, pero sí de hecho, tendrían que haber pasado ya a ser patrimonio del pueblo.

Hay que terminar también con la anormalidad que representa el que haya obreros que cobren 68 pesetas semanales, mientras que otros cobran 120 y 150, todo lo cual equivale a que mientras que unos pueden pagar 30 pesetas por un pollo y 25 pesetas por una libra de pescado, los otros apenas si pueden comprar pan y arroz para sus familias. Si la guerra exige hacer economías, que se rebajen los jornales elevados; y si tenemos que hacer sacrificios, que los hagamos todos por igual.

Hay que terminar también con esas colectivizaciones caprichosas y hechas a base de las antiguas cooperativas, cuya preocupación no era otra que la de repartir grandes dividendos de exceso de percepción entre sus asociados; esta clase de colectivizaciones, no haría otra cosa que crear nuevas clases y competencias entre los trabajadores.

Las colectivizaciones deben ser hechas a base de que los trabajadores de la industria que se colectivice, sean ellos los que la dirijan y administren, pero los beneficios líquidos—una vez deducido el jornal de tipo único que deberá ponerse para todas las industrias—, pasará a ser patrimonio de todo el pueblo productor, representado en un Consejo regulador de la economía, cuyo Consejo deberá estar integrado por un representante de cada industria.

Empecemos todos por despojarnos de los muchos prejuicios de que aún estamos dotados, hagámonos eco de aquella máxima que dice que la «Libertad de un individuo termina donde empieza la del otro.»

De no hacerlo así, de no cortar por lo sano todas las anomalías que en las organizaciones y en los centros de producción están ocurriendo, no haremos más que preparar el terreno para los aspirantes a dictadores.

La colonización de España por la Alemania fascista

Se anuncia el envío a España de importantes cargamentos de material de guerra y de un ejército con que la Alemania fascista se propone colonizar a España. De Bremen, ha salido un buen contingente de hombres de la Reichswehr, con material de guerra y un gran cargamento de municiones. Vienen a reforzar el ejército derrotado de su protegido el general Franco. Buques portugueses salen de Alemania para mejor despistar, con destino a los puertos facciosos, trayendo material bélico. El escándalo internacional que están produciendo estos envíos y la forma descarada con que han desembarcado en el puerto de Cádiz seis mil soldados fascistas, da idea del peligro que para la paz de Europa representa la actuación de los grandes Estados fascistas de Europa que, quitándose a careta, retan, de manera indignante, a las grandes democracias europeas y americanas. En un gran diario de París, el diputado derechista Henri de Kerillis ha publicado un artículo que ha producido enorme sensación, por considerarse a su autor como el portavoz del Estado Mayor francés. En él protesta enérgicamente, en nombre del pueblo francés, contra los proyectos de Alemania, encaminados a colonizar a España. Francia dice que vuelve a encontrar, después de veinte años, el espíritu bélico de Alemania, que no cesa en sus proyectos de amenazar a Francia. La coalición entablada entre el mundo ibérico y el mundo germánico, acabará por aplastar a Francia. El articulista recuerda a los políticos de su país, el intento malogrado en la Gran Guerra de 1914, cuando Alemania intentó rodear a la República francesa de una cadena de pueblos—si no contrarios—, al menos indiferentes a la grandeza de Francia.

El artículo que comentamos está siendo objeto de los más apasionados comentarios por parte de la diplomacia, del alto mando militar y de toda la opinión que se interesa vivamente por la situación que a Francia le está creando la actuación de Italia y Alemania. El hecho gravísimo de que Alemania tenga en el Mediterráneo, a la disposición de su protegido, el general Franco, su Marina de guerra y la intervención de los submarinos italianos, ayudando el pretendido bloqueo de las costas mediterráneas, plantean a Francia el gravísimo problema del porvenir de sus comunicaciones con el Imperio africano. La política francesa tendió siempre a estrechar sus lazos de amistad con España. Los ferrocarriles transpirenaicos los construyó España de acuerdo con Francia, para acortar la comunicación entre París y Marruecos. En una posible guerra con Alemania, la amistad con España, en un momento dado le resolvería el problema de tener una rápida ayuda material de Marruecos y de sus colonias africanas. ¿Qué pasará el día en que, a los Pirineos, una España hostil llevara unas divisiones que pusieran en peligro a Francia por el lado de la frontera española, de idéntica manera a que se ve amenazada por el Rhin?

Recuerden nuestros amigos, los franceses, que la Guerra Europea de 1914 la ganaron porque tuvieron libre la frontera española y, además, por que en la Península Ibérica encontraron un pueblo amigo que les suministró toda clase de elementos alimenticios y de guerra, dándoles algo que valía mucho más: la seguridad de que tenían cubiertas las espaldas. Si la democracia española fuera derrotada, el panorama de la política de Francia cambiaría de manera trágica.

LA BATALLA POR MADRID

La lucha no es ya entre Franco y el Frente Popular, sino entre el pueblo español y los invasores extranjeros

La prensa soviética comentó los resultados del mes de lucha en Madrid. «Izvestia» señala la nueva intervención germanoitaliana, y llega a la siguiente conclusión: «La capacidad de resistencia de las tropas republicanas actualmente es tal que no solamente pueden entenderse con los generales rebeldes, sino también con aquella ayuda de fuerzas militares que se facilita a estos generales rebeldes por medio de sus cómplices alemanes italianos. Las posibilidades interiores de la España republicana para llevar a cabo la lucha están todavía muy lejos de estar agotadas. La experiencia histórica de las guerras revolucionarias demuestra, además, que la insolencia de los intervencionistas extranjeros más de una vez ha logrado aumentar considerablemente la capacidad de resistencia de las masas populares del país. Hace más de cien años,

Napoleón derrotó repetidamente a las tropas regulares de España, y la resistencia de las masas populares no solamente no cedió, sino que aumentó. Esto demostró que no fué Napoleón, sino el pueblo de España, quien triunfó en aquella guerra. Las luchas durante un mes en Madrid han demostrado el crecimiento de las fuerzas de las tropas del Gobierno y su capacidad frente a las que hasta ahora tenían los rebeldes. La nueva etapa de la intervención italoalemana requiere también una nueva atención, mayor organización y aumento de la disciplina de todas las fuerzas de la España republicana.»

Café-Bar Regional

SERVICIO ESMERADÍSIMO
CERVEZA MUY FRIA
APERITIVOS DE TODAS
CLASES

Martinez Molina, núm. 10 JAÉN
Teléfono 347

¡Camaradas!
Leed y propagad
RENOVACION

Si quereis comer

CON ECONOMIA Y ESmero, VISITAD LA CASA DE

Suñol el Cocinero

EN ELLA ENCONTRAREIS RACIONES

ECONOMICAS A LA CARTA

No equivocarse: PUERTA BARRERA (frente a CUBERO)

RAFAEL SUÑOL, --Julio Burell, 13.--Jaén.

Julio Deutch, en España

Para vencer no basta con defenderse

El camarada Rolf Reventolok, que llegó a España acompañando a Julio Deutch, ex ministro de la guerra austriaco y militante socialista, nos envía las primeras impresiones que el camarada Deutch ha recogido en nuestro país.

Sus pronósticos los formula el camarada austriaco con un poco de sordina. Espera una guerra larga y una victoria dura. Esta es la contención que ha obtenido visitando nuestra retaguardia, como militante proletario, y algunos frentes de lucha, como técnico de la guerra.

Cuando estábamos para salir de París, un amigo nos anunció la caída de Madrid. Según su aviso, era inminente y nada hacía esperar la resistencia de la gran ciudad contra los rebeldes. Esta era, aproximadamente, la opinión general dominante en Europa. El 1.º de noviembre nadie creía que el pueblo español llegaría al grado de una resistencia análoga.

Al mismo grado llegó mi sorpresa cuando puse el pie en el suelo español. Nada me recordaba el dramático e inevitable destino catastrófico de Madrid, de que se hablaba en París. Ninguna traza de ánimo temeroso o vacilante pudo encontrar; al contrario, contemplé detalles de una vida que tenía la fuerza consciente y la voluntad decidida, expresada por todas las capas del pueblo, de vencer. Voluntad combativa y serenidad es lo que encontré.

Puede decirse que la segunda impresión notable de mi llegada fue la de que no obstante la guerra, el trabajo no se había interrumpido; en el campo podíamos ver al campesino laborando todavía la tierra; sobre la montaña, pastar los rebanos; en la ciudad, proseguir la vida industrial sin interrupción alguna. El pueblo era, por lo tanto, consciente del hecho de que la vida económica y la producción debe proseguirse para obtener la victoria del pueblo. La continuación del trabajo es una premisa de la victoria final. Creo que así puede expresarse suficientemente el estado de conciencia de las masas españolas.

A los pocos días de mi llegada hice una visita al campo de batalla. Encontré, en dirección contraria, una numerosa caravana de coches donde se evacuaba gran número de víctimas de bombardeos. Habían perdido todo y marchaban hacia lo desconocido; sin embargo, la mujer evacuada con quien hablé de esto, no mostraba ninguna preocupación o depresión. Soportaba con dignidad su suerte; incluso

mostraba con orgullo el tener que lanzarse a la aventura. No hago mención del coraje y de la rabia que mostraba. Con firmeza cruzó conmigo el «Salud», que es la bienvenida y la despedida de los combatientes españoles.

En la ciudad de Madrid, ciudad incomparable, la impresión fue emocionante. He visto esta ciudad por primera vez durante un día de batalla; su población parecía muda frente a la guerra en un bloque insoluble. Admito al pueblo madrileño; admito su fuerza moral, que atrae y convence de la razón que tiene para luchar por la libertad. En el futuro se recordará con gloria el haber permanecido estos días en la capital de la República española.

Cambió mi impresión cuando pasé de Madrid al frente de la Sierra, donde hombres jóvenes y de coraje impiden desde hace cuatro meses al enemigo que dé un paso hacia adelante. Conozco la fatiga de la montaña por haber pasado buena parte de la guerra sobre ella. La resistencia a la intemperie, la lluvia, la nieve y el frío, convierten la batalla en un acecho insidioso de la muerte.

El pueblo español necesitaba aprender el arte de la guerra. Lo aprende en medio de la lucha, en la ruda escuela de la misma guerra. Llegará muy lejos en esto; no sabemos dónde, pero sí podemos precisar una cosa: de todo lo que he visto afirmo que este pueblo tiene que vencer. Posiblemente perderá alguna batalla, pero la guerra la ganará.

En Europa domina cierto pesimismo respecto del triunfo del pueblo, acentuado por el hecho de que los Estados fascistas intervienen en la lucha. Es probable, para mí subjetivamente seguro, que el pueblo español dará el alto al fascismo. El proletariado de toda Europa, cuando siga el ejemplo de este pueblo, comenzará una nueva época de la historia europea.

Manuel Campos Lucha

AGENCIA GENERAL DE NEGOCIOS
MARTINEZ MOLINA, II. TELÉFONO 434. JAEN

Representación de Ayuntamientos.-Empresas industriales.-Certificados de Catastro.-Licencias de caza.-Cuotas militares.-Asuntos de Hacienda, Matriculas de automóviles.-Carnets de conductores.-Expedientes Junta transportes servicios públicos de viajeros y mercancías.

Pasaportes para visitar el extranjero.

Derechos y deberes

Se habla ahora, quizás con demasiada insistencia, de derechos. Derechos del hombre y del ciudadano; derechos del productor; derechos del Estado; derechos de la sociedad... Todo el mundo, desde el pez chico al pez grande, pide y reclama; y sólo se oye la palabra derecho, proferida a gritos e imprecaciones. Pero son muy pocos, una verdadera minoría, los que se acuerdan del deber. Y es ahora cuando aquello que proclamó Comte: «Nadie tiene otro derecho que el de cumplir con su deber», cobra una exacta actualidad, y es un verdadero imperativo para todos los trabajadores españoles.

«Nadie tiene otro derecho que el de cumplir con su deber...» He ahí once palabras que condensan y marcan con toda justeza las exigencias del momento histórico que vivimos. Es esa la consigna revolucionaria que hemos de gritar sin cesar y elevar a lo más alto, para que todos la vean y comprendan que es la hora de los grandes sacrificios, el instante en que hay que darlo todo aunque no recibamos nada de un modo inmediato. Con suavidad, o a trazazos, hay que meter por lo fondo de cada individuo la idea—que es realidad—de que sus derechos se han pulverizado ante el deber, ante la necesidad ineludible que la colectividad tiene de ganar la guerra; y salvarse como tal colectividad, es decir como la suma de cada una de las individualidades que la forman. Es una máquina enorme la que hay que poner en marcha acelerada, y para ello; hasta el último plúmbo ha de responder con exactitud matemática y realizar sin desmayo y sin error su cometido. A la fuerza, brutal y dictatorialmente, si se quiere. Pero es que los intereses de la mayoría no pueden oponerse a los deseos, ni siquiera a las necesidades de cualquier irresponsable de esos que aun pronuncian el clásico «No me da la gana.»

A todos los derechos—a los legítimos y a los ilegítimos—se ha impuesto un deber: el deber de ganar la guerra. Y amarrados, trincados a ese deber, tenemos que estar todos, desde el último al primero. Y cómo se puede evitar que algunos se salten a la forera eso, que es lo que se más firme de nuestro éxito? Es estableciendo para cada hombre una obligación precisa, concreta. Creo que ya he dicho que el que no separar la regla de cálculo o dirigir un torno, o conditar un arado, sabrá manejar el pico y la pala. Y de esto se trata. De usar, rápida e intensamente las aptitudes de cada individuo. ¿Que no hay dinero suficiente para esto...? Por la comida, simplemente. Y luego, a gravar imborrablemente, en la piedra más visible, aquello de que «El que no trabaja, no come.»

Que todo el mundo tiene derecho a comer; pero este derecho dimana del deber que todo el mundo tiene. También, de trabajar.

MARIO DE LA VINA.

Leed y propagad

Renovación

Un artículo de Ossorio y Gallardo

«Peleáis para que vuestras mujeres no sean escarnecidas ni vuestros hijos atropellados». «Sois un bloque con una sola llama en el espíritu».

En nuestro querido colega «El Socialista» ha publicado don Angel Ossorio y Gallardo, embajador de España en Bélgica, el siguiente artículo.

«Hermanos madrileños: Desde el sitio extranjero adonde he venido, obedeciendo al Gobierno para servir a la República, sigo con ansia emocionada nuestra lucha heroica, que el mundo entero contempla con asombro. Lo que muchos creían cómodo paseo militar de fuerzas mercenarias se ha trocado en una de las más grandes epopeyas guerreras. Frente al selvaje de los moros, frente a los caudales de aventureros sin conciencia, frente al forcejeo fútil de una sociedad en la agonía, vosotros oponéis la firmeza de vuestros corazones, la inflexión de vuestras conciencias insobornables, el fervor de vuestra indignación y la crispación de vuestros puños.»

No sé si ganareis mañana. Lo que sé es que habéis ganado ya. Porque el mundo entero habrá de comprender que no se puede desconocer y atropellar a un pueblo que lucha como vosotros lucháis y que mantiene enhiesta, a precio de su sangre, la bandera de su independencia moral y de la material, que las dos están comprometidas.

No peleáis, ciertamente, por conservar privilegios, riquezas, ni potestades. Peleáis para que vuestras mujeres no sean escarnecidas ni vuestros hijos atropellados. Peleáis para que el suelo español no sea invadido por africanos y por hombres a sueldo, emisarios de las tiranías tiranizadas. Peleáis para que los ciudadanos de España no sufran la triste suerte de los de otros países, donde está prohibido, bajo pena de muerte, hablar, y aun pensar. Peleáis para que en un mañana próximo luzca una justicia social y no estéis los hombres divididos en dos castas: una que manda y goza y otra que obedece y sufre.

En la hora presente no sois partidos políticos, ni sindicatos profesionales distintos, ni encarnaciones de idearios diferenciados. Sois un bloque con una sola llama en el espíritu. Porque si en este momento os atordáseis de lo que sois, fatalmente os hundiríais todos.

Sois una sola cosa, porque representáis a toda la democracia universal. Yo estoy al lado de una parte de ella y os puedo dar fe de que os acompaña, en cuanto puede, con ardiente y desinteresado.

En vuestras filas pelean mis hijos, y lo tenemos a orgullo ellos y yo. Con nosotros está toda mi alma de hombre de Lavapiés, hoy más contento que nunca de haberme criado en esos barrios bajos. No corre un minuto de mi existencia, no da mi pulso un latido, no abrigo una sola idea que no estén con vosotros y para vosotros.

Sois muchísimo más que los combatientes de un instante trágico. No moriréis al año los que murais, porque sois el porvenir y la Historia, y

la justicia y la Libertad. Sois la inmortalidad.

Hermanos madrileños, ¡ot de nosotros! ¡hermanos madrileños, ejemplo de abnegación! ¡Salud! Con estas palabras va el alma de un veterano luchador que se descubre ante vuestra gesta y que os desea todo el éxito que merecéis y toda la gloria que habéis ganado. Viva la República!»

¿Cocina abundante y de exquisitos manjares?

LA QUE EXISTE EN LA REPOSTERÍA DEL

Casino de Artesanos
ASÍ COMO SUS VINOS Y CERVEZA SON INCOMPARABLES

Los facciosos ofrecen sus aspiraciones sobre Cataluña y Vasconia a cambio de un armisticio

El periódico «La Rambla» alude a un proyecto de armisticio ofrecido por los facciosos que abandonarían toda aspiración al dominio en Cataluña y en el País Vasco.

Dice el periódico, en forma desfachada:

«No se hagan ilusiones los promotores de este infundio. Nosotros que hemos sido catalanistas de toda la vida, escupiéramos al rostro de aquel que nos propusiera la libertad de Cataluña a cambio de una traición. Con los asesinos de mujeres y criaturas, con los culpables de la gran tragedia civil, con los traidores que nos traicionaron al día siguiente de establecer un pacto, no hay armisticio posible. Es una guerra a muerte la que sostenemos y hasta morir hemos de luchar. El pueblo de Madrid, los campesinos extremeños, los hermanos de Galicia son carne de nuestra carne. No nos podemos separar. No queremos separarnos de ellos.»

¿QUERERE USTED COMER BIEN?

Desde mejor le puede hacer y más barato, en el

Restaurant Café IDEAL BAR

Todos los días
un cubierto a base de entremeses,
cuatro platos, pan, vino y postre, por
4,50 pesetas

BERNABÉ SORIANO JAEN

“Para llegar a la unificación total hace falta acabar con los dogmatismos y con las pequeñas cosas,,

¡Ha pasado apenas nada!

por Margarita Nelken

Hemos vuelto a ver en la pantalla uno de esos desfiles de juventud; en la plaza Roja moscovita, que nos dieron la sensación, cuando los presenciáramos en la realidad, de un himno viviente al triunfo de la criatura humana en el mundo. Al triunfo por autonomía.

Estamos en 1936. Hace menos de veinte años, apenas quince, los padres de esos jóvenes habían de hacer frente, no en las fronteras, sino muy adentro del territorio nacional, a los invasores extranjeros a sueldo; de los que defendían los privilegios—latifundios y minas, alta alianza y fabricación de armamento en todos los países. La capital—que ya no era el San Setersburgo de la corte zarista, pero que todavía era el Petrogrado del símbolo del Palacio de Invierno—hallábase amenazada, desde un cerco terriblemente reducido, por un Ejército y una Armada enviados por el capitalismo extranjero para herir en su centro más vivo al nuevo mundo que nacía. Y la falta de carbón no se traducía por la necesidad de resistir una privación, sino por la irresistible imposición de aguantar, sin morir, temperaturas de treinta a cuarenta grados bajo cero. Y la escasez de víveres llamábase ya, sin rebozo, hambre: que convertía en inapreciable tesoro unas patatas heladas o un trocito de pan ayuno de trigo. Y hace apenas veinte años los padres de estos jóvenes de los desfiles triunfantes eran, en su inmensa mayoría, en su casi totalidad, campesinos analfabetos, llenos de sangre y supersticiones, u obreros, para quienes el simple derecho a la dignidad de hombres constituía una utopía lejana.

Apenas veinte años... Menos de veinte años... ¡Apenas una generación!

¿Que han ido muy de prisa? Más aprisa podremos ir nosotros. Ellos estaban solos, y nosotros los tenemos a ellos, a ellos al cabo de sus veinte, de sus quince años de liberación y ascenso. A ellos con su experiencia, que ya es nuestra, con sus conquistas, que ya tenemos conquistadas, y sus derrotas, que podremos evitar. Hay una obra rusa, uno de los más emocionantes relatos de la epopeya del pueblo ruso parándose a sí mismo: «El torrente de hierro», en que, al final, los protagonistas «comprenden» el porqué de sus inenarrables sufrimientos, de sus indescribibles sacrificios. Volviendo a ver en la pantalla uno de esos desfiles de juventud triunfante de todo lo que hay de bajo, de misero, de sórdido en el mundo, pensábamos que bastaba ese espectáculo para comprender

también nosotros «el porqué» de nuestro momento actual.

Si, miliciano, ten la seguridad de ello; tus fatigas, y tu muerte si es preciso, han de servir para que, dentro de unos años, muy pocos, unos muchachos de España desfilen como un himno viviente al triunfo de la criatura humana en el mundo. Para que pasen erguidos, con la mirada aplomada y la alegría iluminándoles el rostro, los que ayer, y acaso hoy todavía, tienen el espinazo doblado por trabajos sin compensaciones, por la defensa mezquina, minuto tras minuto y humillación tras humillación; del mezcuzino sustento. Si, miliciano; no lo dudes: te bates, si es preciso mueres, para que tus hijos—los tuyos o los que tengan otros—comprendan, en toda su amplitud, mas palabras que hoy todavía tu pronuncias sin saber exactamente su sentido: libertad, justicia, derecho al sol y a un lugar en la vida...

Y tú, madre; tú, que, aunque no seas ya creyente de ninguna imagen, evocas forzosamente la estampa de aquella madre de mi Dios con el cuerpo exánime de su hijo en el regazo; tú, que te sientes atravesada por todos los puñales y clavada al pie de todas las cruces; tú madre de combatiente, no lo dudes tampoco: das tu hijo, das lo que nunca creíste poder dar, para que tus hijos de mañana; los que tú des al mundo o los que den otros, desfilen como esos jóvenes soviéticos, que son un canto a la alegría y a la belleza de la creación, un canto que en vano quisieron ahogar, allí como aquí, los que precisan de tinieblas, de crueldad, de supersticiones y de mugre; para que no se note su propia miseria.

Y han pasado—¡no lo olvides, miliciano; no lo olvides, madre de combatiente!—apenas veinte años, apenas quince, apenas nada.

PAVONI

LOS MEJORES VINOS
MANCHEGOS EN ESTA
CERVECERIA
INFINIDAD DE APERITIVOS
Talavera, 5 - JAÉN

¡Trabajadores!
leed todos
Renovación
defensor de vuestros
intereses de clase



PARA RENOVACIÓN

¡Insisto... Insisto...!

*Todos, todos los años
viene aquí un tío,
con doce mil regalos
hechos un lío;
viene de allá del Norte
¡con picardía!,
repartiéndole al pobre
su mercancía*

*Este tío feo le alarga
a las chiquillas,
una cuarta de tela
por las rodillas,
y enciende por las noches
en las aceras,
los anafres, que tienen
las castañeras.*

*Este tío, en una esquina,
y a bocajarro,
te da una pulmonía
o un buen catarro,
y si el tío no se queda
muy satisfecho,
te «endiña» de propina
dolor de pecho.*

*Ya sabrás que este tío
es el eterno
enemigo del obrero,
¡es el invierno!
y aquél que cual nosotros
no ven dos duros,
en este tiempo pasa
seis mil apuros.*

*Por eso insisto y digo
que a nuestras tropas,
hay que mandarles ahora
bastante ropas;
¡los abrigos que tengan
los «pollos peras»,
deben de ir volando
a las trincheras!*

FEDE

Málaga, 5 Diciembre, 1936.

El sentido de la respuesta de Moscú a la proposición franco inglesa

El pueblo español no debe admitir ninguna influencia exterior

El periódico «Izvestia», comentando la contestación dada por el Gobierno soviético a la proposición de la Gran Bretaña, dice que si bien Rusia ha expresado su consentimiento para unirse a la tentativa para poner fin a la guerra en España, hay que tener en cuenta que dicha proposición se funda-

Hojas caídas del cielo

El bien que nos prometen los facciosos

El zumbido de los motores facciosos se dejó sentir días pasados en el cielo de Madrid. Los siniestros pajarracos del dolor y de la muerte, en aseada furtiva, como delincuentes que aprovechan un momento propicio, se deslizaron raudos sobre nuestra querida ciudad. Breves minutos duró su presencia, mientras la gente que en aquellas horas llenaba las calles, con tranquilidad que pudiéramos calificar de excesiva, dando al olvido las previsiones aconsejadas por las autoridades, los veía pasar con la celeridad del que huye y desaparecer en la lejanía. No fueron bombas las que arrojaron los aparatos extranjeros, eran miles de octavillas, que al caer y separarse brillaban al sol con reflejos metálicos. Papeles inertes y fríos, tan fríos e inertes como la ramplona literatura en ellos contenida. El sutil vientecillo mañanero los empujaba y desparramaba sobre los tejados madrileños.

¿Una invitación más a la rendición? Esta vez, no; promesas y más promesas. Y en concreto nada nuevo. Además de la felicidad eterna, nos ofrecen una sin igual ventura. Ponen de ejemplo la felicidad que se siente en la España sometida al yugo de Franco, en donde reinan la paz y la tranquilidad. Claro está que no añaden que son tranquilidad y paz de cementerio, pues que toda discordia está prohibida, toda vez discrepante es anulada, toda divergencia suprimida; no se permite más que la unanimidad botreguil del rebaño.

El Gobierno nacionalista, dicen os ofrece extender el bienestar, suprimir, suprimir el paro forzoso,

menta más en los principios del Derecho Internacional que en el acuerdo de no intervención.

Hace resaltar que la nueva proposición coloca a las dos partes beligerantes en igualdad de condiciones, sin tener para ello en cuenta que el pueblo expuso su voluntad por el Frente popular en las elecciones de Febrero de 1936. Precisamente contra esta voluntad del pueblo español y contra el Gobierno que la representa en la lucha que hoy sostiene los rebeldes, ayudados por los alemanes, italianos y portugueses.

Antes de proceder a toda tentativa de mediación, precisa poner término a la intervención. De todas formas, corresponde al Gobierno del pueblo español el admitir o no esta proposición, pues él representa la voluntad popular y no debe, por tanto, admitir ninguna influencia exterior.

reconstituir la economía nacional y hacer una España fuerte y temida. Y así por el estilo, otros ofrecimientos de la clase de los ya reseñados.

La población de Madrid, de este Madrid inmenso en su grandeza y de categoría universal, de pueblo que sabe estar cumpliendo una histórica y elevada misión que sólo a ciudades de semejante temple puede corresponder, recogía con singular curiosidad las hojillas venidas de lo alto y leía con significativas sonrisas las líneas en ellas impresas.

¿Acabar con el paro obrero y campesino? ¿Cuántas veces han dicho lo mismo quienes mantuvieron jornales de hambre y se opusieron resueltamente a toda mejora y reivindicación social, incluso de aquellas que tenían verdadero carácter humano?

¿Desarrollar la cultura? Afirman esto los mismos que fomentaron deliberadamente el analfabetismo para operar a su antojo sobre las masas carentes de educación ciudadana y entregaron a la intransigencia y a la intolerancia la augusta tarea de la enseñanza.

¿Reconstituir la economía nacional? Esto prometen los que secularmente han vivido del privilegio y de la explotación, estrujando al obrero creador de riqueza de todo lo necesario para que el capital se apropie íntegramente de los beneficios.

¿Instaurar la paz y la tranquilidad? Así predicán con el ejemplo los que han asesinado a millares de hombres de izquierda y ocasionado innumerables víctimas en la población de las ciudades abiertas.

El efecto que tales proclamas producen es contraproducente. Ni las bombas que arrojan los aviones enviados por Alemania e Italia, ni los obuses que nos envían artilleros extranjeros, ni los desesperados intentos de las tropas mercenarias han conseguido abatir la resistencia que oponen los valientes defensores de la capital de la República. No podían, por tanto, obtener mejor resultado las proclamas firmadas por Franco ni las sofismas que sus adláteres prodigan ante el micrófono de las radice misoras facciosas.

Madrid será la tumba del fascismo. En Madrid se iniciará la reconquista de la España sometida al yugo de los bárbaros. Madrid aumentará su capacidad de resistencia y acrecentará su potencia ofensiva para aniquilar a los enemigos y presidir la reconstrucción de España. Para ello no debemos considerar la ayuda que pueda venirnos de fuera; habremos de confiar única y exclusivamente en el propio esfuerzo. Toda la España leal se dedicará, con el afán del que no conoce el término de la jornada, a laborar intensamente para ganar la guerra.